

La leyenda del monje

(De los preliminares de la revolución rusa)

La extraordinaria influencia ejercida por Rasputin, el célebre monje ruso, recuerda las no menos interesantes hazañas de aquel célebre aventurero veneciano, del siglo XVII, que llevó el nombre de Giovanni Casanova. Se distinguió este aventurero por su notable sentido humorístico, por su talento y por sus intrigas. Visitó por todas las capitales de Europa, frecuentando en ellas los círculos más exclusivos y aristocráticos y llevando una vida licenciosa. Este hombre extraordinario hizo una traducción en verso de la "Iliada", y escribió sus memorias, las cuales son en extremo interesantes porque describe en ellas gráficamente las inmorales costumbres de su tiempo. En este particular Casanova superó a Rasputin, porque este último era completamente iletrado e ignorante.

Se han publicado recientemente los últimos detalles de la carrera y de la muerte misteriosa de este monje legendario; pero las fuentes de donde tomamos las notas transcritas en este artículo llevan el sello de ser las más autorizadas, y son las más detalladas que hasta ahora se hayan dado a la publicidad. Los acontecimientos de marzo, que han efectuado un cambio radical en Rusia, dan mayor interés todavía a la historia del hombre que fué, por algún tiempo, árbitro de los destinos de ese gran pueblo. Dice así el periódico de donde tomamos estos datos:

"Alemania ha perdido en Rasputin uno de sus mejores amigos, Inglaterra un enemigo peligroso, y Rusia uno de sus mayores miserables. Qué resultado haya de tener su desaparición no puede apreciarse aún. En el lapso de una semana (el relato parece haber sido escrito en Rusia) no ha habido nada que demuestre debilidad entre los facciosos a cuya cabeza estaba Rasputin. Hablan ellos de nuevas represiones, de amordazar la prensa más todavía, y de hacer callar a los elegidos del pueblo aplicándoles un freno más formidable que antes. Pero, con todo, con la muerte de Gregorio Rasputin, la nación rusa ha dado un paso hacia la victoria." Los acontecimientos posteriores confirman este aserto.

"Rasputin fué un personaje cuya actividad tenía al misticismo, pero cuyas hazañas amorosas rivalizaban con la malicia del campesino, y con un influjo que le era peculiar, se convirtió en una especie de ídolo que, en cierto modo, se asemejaba a los de las orgías bacánicas celebradas por las antiguas colonias griegas del Asia Menor.

"En su propio pueblo sostenía un serrallo místico. Era apasionado de la música, bañaba por horas seguidas, y podía beber con un carabinero hasta dejarlo completamente borracho debajo de la mesa. El séquito de sus admiradoras era numeroso.

"En el invierno de 1915 se hallaba en Moscow, y en la sala pública del Yar (el restaurante moscovita más elegante), se condujo de manera tan escandalosa que un oficial de policía levantó contra él un proceso verbal. La consecuencia de aquél acto habría sido inesperada en cualquier otro país. El oficial que formó el proceso verbal, el prefecto de policía a quien le fué remitió y el prefecto de la ciudad, fueron removidos de sus puestos inmediatamente.

"Tal fué el siniestro personaje que supo insinuarse en los círculos más exclusivos de la corte, y sin embargo seguía llevando el traje de un campesino y no se aseaba más que el más descuidado de su clase. Era absolutamente iletrado; pero sus cartas, redactadas con las más elementales reglas de la gramática, ejercían una irresistible autoridad. Se dice que actualmente desempeñaba el cargo de encendedor de la lámpara sagrada de palacio; pero aun cuando se le daba el título de Padre Gregorio, jamás perteneció a una orden religiosa. Y sin embargo, su persona era para todos sagrada. El médico que asistía en una ocasión al heredero del trono descubrió en el lecho del niño enfermo, sobre su delicado cuerpo, una asquerosa camisa de alquiler. Cuando se le dijo quién la había puesto allí el médico guardó silencio. Rasputin tiranizaba a los periodistas y a los editores. Un libro que contenía un pasaje en el cual se aludía a los fabulistas campesinos, y a la influencia que sus fábulas ejercían, fué confiscado por Rasputin, a pesar de haber pasado la censura. En una tentativa desesperada para descubrir lo que pasaba, el editor, después de haberse entrevistado con el prefecto y los ministros, sin éxito alguno, fué a ver a Rasputin.

"Me hizo la impresión, dice el editor, de ser un hombre tan sencillo como un sacerdote aldeano; no era mal parecido, pero en su mirada se observaba el aire de un hombre atormentado por algún sufrimiento. Su pen-

samiento predominante era el temor de perder su posición, y ese temor fué el que le llevó a considerar que el libro podría traer graves consecuencias para él. Era claro que estaba profundamente ofendido, y me declaró en pocas palabras que él, personalmente, había impedido la publicación del libro. Según se supo después, le había bastado ponerse en comunicación telefónica con los funcionarios de la corte para que éstos, a su turno, dieran la orden respectiva al prefecto de Petrogrado."

Sobre los políticos había adquirido un extraordinario ascendiente. Los funcionarios a quienes desagradaban sus recomendaciones, o que se negaban a concederle lo que pedía, perdían sus puestos. Se refiere que un funcionario le arrojó un día a patadas de su despacho sólo para que a él mismo le cupiese idéntica suerte al siguiente día.

Se reconocía a tal punto que Rasputin era el agente de confianza de la emperatriz, en asuntos que iban más allá de los muros de palacio, que no fué un secreto para nadie la queja expresada al principio de la guerra por cierta princesa que se encontraba en Austria. Dicha princesa declaró abiertamente que había sido una desgracia que Rasputin no hubiese estado en la corte durante la crisis: "porque si él hubiese estado allí, Rusia no habría entrado nunca en la guerra."

El mismo Rasputin se jactaba de ello. "[Ah, decía, si yo hubiese estado con él. Nick (el emperador) no habría ido jamás a la guerra; pero ya que él no tenía remedio, le dije: 'debes comandar nuestro ejército, Nick, marcha al frente.' Y yo mismo me marché con él." Esto ocurrió a la vez que el Gran Duque Nicolás era removido del mando supremo, y aunque indudablemente Rasputin se jactaba demasiado de ello, el Gran Duque era su enemigo franco, y se dice que le amenazó con colgarle si se entrometía en las cuestiones militares.

Aunque no era permitido mencionar el nombre del monje en la Duma ni en la prensa, un diputado audaz, haciéndose vocero de la indignación universal, pidió a la Duma y al Consejo del Imperio que fuesen en corporación ante el emperador y le exigiesen que despidiera a Rasputin; y fué un sacerdote quien le denunció como una vergüenza para la iglesia ortodoxa. El monje se insinuaba generalmente con las personas que él era presentadas con la siguiente pregunta: "¿Es usted periodista? Yo les tengo miedo a los periodistas." Pero en alguna ocasión declaró en la redacción de un periódico que él había hecho ministros y contraria a lo que quisieran.

El deseo de que se le diese muerte fué manifestándose, con más vigor cada día, por las personas influyentes; pero el monje había sido amenazado y aun atacado varias veces, y obraba con cautela. He aquí como describe el periódico citado el modo cómo se puso fin a su existencia:

"Un joven noble, muy rico, relacionado por razón de su matrimonio con la familia imperial, llamó a Rasputin por el teléfono y le invitó a cenar a su casa. Después de alguna duda aceptó el monje la invitación, pero a condición de que su anfitrión viniese él mismo a llevarle y de que entrase por una puerta excusada con el objeto de que ni él mismo portero se enterase de su salida. El joven noble fué a casa del monje en un automóvil. Rasputin abrió la puerta en persona y se trajeron los dos seguidos por el chauffeur, quien no era otro que un miembro de la Duma a quien Rasputin no conocía. Entonces se halló el monje, no en presencia de los invitados a una cena, sino delante de sus dos conductores y de cierto Gran Duque.

"Las versiones que han corrido sobre la escena, general se cree que las cosas pasaron como sigue: no había mujer alguna en el palacio, no se bebió una sola copa de vino, las conversaciones no fueron en ninguna alguna amistosa, ni se echaron suertes para designar al matador. Las suertes habían sido echadas antes entre un gran número de aquellos que estaban resueltos a eliminar al Padre Gregorio. Los tres hombres allí reunidos notificaron a Rasputin que tenía que morir y se le dió un revólver para que él mismo se quemara sobre el Gran Duque. Este último pudo escurrir el bulto: la bala pasó por la cabeza, y entonces los tres hombres dispararon sobre el monje, causándole la muerte. El cadáver fué colocado en el automóvil y conducido a un sitio desierto, en una de las islas del Neva, y allí, con una piedra atada a los pies